

EDITORIAL

Diplomacia a bombazos

El ataque de Israel a Irán lleva a preguntarse si Trump y Netanyahu apuntan de verdad al programa nuclear o a un cambio de régimen en el país dominado por los ayatolás

Donald Trump llegó en enero por segunda vez a la Casa Blanca con la promesa electoral de terminar con las guerras en las que Estados Unidos se había implicado en las últimas décadas. El alcance de su compromiso podía medirse por el trato que cerró con los talibanes al final de su primer mandato y la posterior retirada vergonzosa de Afganistán que tuvo que gestionar Joe Biden. Ahora, en cuatro meses, la intervención de su Administración en el conflicto en Ucrania empuja cada vez más al país invadido hacia la capitulación ante Rusia. Pero es Oriente Próximo el escenario bélico en el que el presidente estadounidense despliega su más errática y desinformada gestión, a la par que parece haber perdido capacidad de control sobre su aliado privilegiado en la zona. Lo acredita que Israel decidiera lanzar ayer ataques a gran escala contra Irán con la excusa del programa nuclear de los ayatolás, cuando Washington todavía desplegaba una apariencia de negociación con Teherán que incluso tenía una próxima cita mañana.

La impotente respuesta iraní invita a dudar del carácter "preventivo" con el que Tel Aviv viste su ofensiva de cara a la opinión pública global. La infiltración hebrea en el territorio del adversario ya era conocida por anteriores episodios, y los asesinatos de altos mandos militares y responsables del programa atómico calcan la pauta seguida para descabezar a Hamás y Hezbolá. Un 'eje de la resistencia' que ha resultado una ruinosa inversión para Irán. El anuncio de la Agencia Internacional de la Energía Atómica de que el país persa estaría violando sus obligaciones de no proliferación por primera vez en dos décadas abre la puerta a que Netanyahu golpee las instalaciones de Natanz, aunque los iraníes puedan seguir enriqueciendo uranio en Fordow. Y a que Trump descubra la amenaza detrás de su diplomacia: "Hasta ahora hablaron los de la línea dura y ya están todos muertos". Una invitación a la desestabilización interna del régimen teocrático, no para democratizarlo sino para desactivarlo como potencia regional.

El 'eje de la resistencia' contra Israel ha resultado ruinoso para Irán

Marcilla: situación límite

La población de Marcilla muestra desesperación y hartazgo por los incidentes con algunos de los jóvenes menores del centro de acogida. La situación en la localidad es límite, y en los últimos días se han vivido momentos de alta tensión y enfrentamientos que no vaticinan nada bueno. El Gobierno de Navarra anuncia ahora que actuará en un servicio desbordado con el traslado de varios menores. Con autorización para albergar a cuarenta menores, hasta ayer tenía a 94 residiendo. El departamento de Derechos Sociales dice que está estudiando cambios organizativos de cara a una mejor gestión y funcionamiento del centro. Es imperioso que así sea. Pero además de ello, es necesario que el Gobierno haga efectivas y mantenga las medidas anunciadas en aras a preservar el orden público y rebajar una tensión que ha alcanzado cotas insostenibles. Sólo cabe añadir un llamamiento a la calma de los ciudadanos para evitar males mayores que nadie desea.

Orgullo y preocupación

Navarra sigue siendo una comunidad con importantes fortalezas y donde se vive muy bien, pero también con debilidades cada vez más visibles y riesgos evidentes



José Ramón Lacosta

NUESTRA tierra encabeza numerosos rankings económicos y sociales, lo que alimenta una percepción de fortaleza social y económica. Y la tenemos: somos una comunidad de champions, y como navarros, estamos orgullosos de ella. Pero el análisis profundo de los principales indicadores, incluso positivos, revela que también Navarra acumula señales preocupantes, que cuestionan desde hace tiempo su rumbo y sostenibilidad a medio plazo. A veces se está bien pero no se va bien; confundirlos es un error garrafal... o un engaño imperdonable. Nuestra calidad de vida es envidiable (1º), así como el nivel de deuda (1º), el desempleo (1º), el riesgo de pobreza social (3º) y la competitividad regional (4º). Son algunas áreas donde estamos mejor que el resto de España. Esta foto nos enorgullece, pero tenemos tareas para hacer si queremos mantener la posición, mejorar o evitar nubarrones, que los tenemos. Así, nuestra competitividad regional lleva años estancada, tanto a nivel nacional como europeo, situados en el puesto 117 de 234 regiones europeas. Y nuestra medianía no basta para atraer personas, talento, inversiones y empresas. Necesitamos subir.

Navarra lidera el ranking estatal de menor tasa de paro. Nos preocupa que, en el último año, la región redujo el paro un 2,48%, frente al 5,77% nacional; que tenemos un crecimiento descomunal del número de empleados públicos; y que 1 de cada 5 de sus empleados del sector industrial navarro (el 20,3%) estuvieron en ERTE en algún momento durante 2024, muy por encima de otras comunidades indus-

triales como Aragón (3,3%) o el País Vasco (5,4%). Algo deberemos cambiar.

Nuestro riesgo de pobreza o exclusión social, medido por la tasa Arope, es el 3º más bajo en España (18,3%). Buena posición, pero con mucho que hacer porque éramos la 1ª en 2023, y somos donde más ha aumentado este riesgo desde 2019, con un 47,6%, dentro de las pocas que lo han incrementado. Podemos alegrarnos de ofrecer cobertura, pero no de que la renta garantizada esté en máximos históricos, tanto en el número de unidades familiares perceptoras como en el gasto, porque significa que no solucionamos el problema. Además, debemos mejorar urgentemente su control, denunciado por la Cámara de Comptos, y su eficiencia.

Si además de ser la comunidad donde más se ha reducido la renta primaria de nuestros hogares, añadimos la ingente carga fiscal, algo ocurre. Resulta innegable que, en el plano fiscal, no lo estamos haciendo bien ni con las personas ni con las empresas. El Índice de Competitividad Fiscal resulta demoleedor al colocarnos en el puesto 12º de 17 Comunidades Autónomas, cuando éramos la envidia de todas ellas. Tenemos el impuesto de sociedades más alto del país y las rentas bajas están excesivamente gravadas en el IRPF. Las altas también, con un tipo máximo del 52% que desalienta la llegada de perfiles cualificados y promueve la huida de personal de alto poder adquisitivo y generadores de empleo. En definitiva, la capacidad fiscal propia de Navarra perjudica la atracción de talento y empresarial, y fríe a los contribuyentes navarros, de quienes se ha recaudado —¿quitado?— 1.750 millones de euros por encima de lo previsto.

Saber recaudar, sabemos. Quizás es lo fácil. Pero ¿controlar el gasto? Nos queda mucha tarea... o interés por ello. Porque el gasto público es la otra cara de la fiscalidad, y los datos de empleo público y gasto refuerzan esta tendencia de desequilibrio estructural. Navarra es, tras Extremadura, la comunidad con más empleados públicos por cada mil habitantes. Y el presupuesto no financiero ha crecido un 66% entre 2016 y 2024. El gasto de personal supone ya casi un tercio de las cuentas públicas. Sin embargo, este aumento de gasto no parece ir acompañado de una mejora en la calidad de los servicios públicos. Gastar más no significa hacerlo mejor.

Se están empezando a acometer algunas inversiones estratégicas críticas para Navarra. Después de diez años de parón absoluto, se habla mucho del Tren Alta Velocidad, pero ni está ni se le espera a corto/medio plazo. Y a la Ribera le quedan años para poder regar con agua de la segunda fase del Canal de Navarra. Tampoco levanta vuelo el resto de importantes infraestructuras de comunicación y energía...

No es la botella medio llena o medio vacía. No. Navarra sigue siendo una comunidad con importantes fortalezas y donde se vive muy bien, pero también con debilidades cada vez más visibles y riesgos evidentes. No es casualidad el cierre de importantes factorías, la prácticamente nula llegada de nuevos proyectos industriales o la huida de los grandes patrimonios. Por lo tanto, una sensación agridulce, mezcla de orgullo y preocupación, donde señalar las luces y las sombras de nuestra comunidad, o indicar que otras regiones de nuestro entorno se han puesto las pilas, no significa no quererla o lanzar propaganda destructiva, ni ir contra nadie, ni mucho menos abogar por la desesperanza, sino al contrario: significa implicarse para hacer un diagnóstico certero, a veces incómodo, que ayude a solucionar los problemas que tenemos y los que están por venir.

José Ramón Lacosta Aznar.
Presidente del think tank Institución Futuro.

